

REVISTA
del
Centro de Lectura
PERIÓDICO QUINCENAL



† D. José Llovera y Bufill

JOSÉ LLOVERA

Parece que fué ayer y, sin embargo, cumpliése el día 7 del mes actual el sexto aniversario de la muerte del malogrado Llovera, acaecida cuando tanto por su edad, que frisaba en los cincuenta años, como por sus recientes triunfos en el extranjero que, sobre cimentar su fama más sólidamente de lo que estaba hasta entonces, habían de contribuir á ensanchar la esfera de acción del llorado pintor, más podía esperarse de su colosal potencia imaginativa, de su diestro pincel y de los ricos colores de su paleta. Nuestra REVISTA que, como la sociedad de la cual es portavoz, se complace en tributar el debido homenaje al génio, y en honrar la memoria de los grandes hombres, hoy, con motivo del aniversario sexto de su muerte, quiere dedicar al insigne pintor que tanto enalteció el nombre glorioso de Reus, un recuerdo, una pequeña ofrenda que, si es modesta como nuestras fuerzas y pobre como los medios de que disponemos, es también un recuerdo que exterioriza otro recuerdo que en caracteres imborrables guardamos en lo más recóndito del corazón, es una ofrenda que con llanto en los ojos y el pecho embargado por intenso dolor llevamos á la tumba del pintor. Nuestra ofrenda es modesta, es sencilla, muy sencilla, y así queremos que sea, porque el dolor, es tanto más sencillo en sus manifestaciones exteriores, cuanto más hondamente se clava en las entrañas. Nuestra corona no llamará la atención del incipiente vulgo por su faustosidad, ni queremos que la llame: no aspiramos sino á que ella sirva de consuelo á la desgraciada familia que en estos momentos estará recordando otros instantes de mortal agonía, y que sirva de acicate poderoso á los hijos de Reus, para que sacudan su aletargamiento y acudan presurosos á nutrir las filas de los reusenses ilustres que sin piedad ni descanso va segando la muerte.

Nació Llovera en Reus allá por el año 1846 y, no faltan biógrafos suyos, que pretenden ver, en los juegos y aficiones de sus años juveniles, señales inequívocas de la aptitud que más tarde demostró poseer Llovera para el cultivo del arte pictórico. No negaré ni afirmaré yo, así de una manera rotunda, la existencia de tales inequívocas señales, porque, poco más ó menos, eso mismo suele decirse de todos los grandes hombres, pues en efecto, si hemos de dar crédito á los biógrafos, no ha habido en el mundo ningún gran caudillo militar que, ya en su infancia, no haya dado pruebas de sus aficiones bélicas haciendo matar cruelmente á sus soldados de plomo en empeñadas batallas, como no ha habido ningún hacendista que, guardando bajo siete llaves su dinero ó gustando mucho del de los demás, no haya ya mostrado claramente sus felices disposiciones desde muy pequeño. Mas de Llovera puede asegurarse que, si no

mostró claramente sus aptitudes cuando sus manos de niño empezaban á garabatear sobre el papel, no tardó mucho en mostrarlas, pues cuéntase que si D. Antonio Verdaguer, que fué su primer maestro de dibujo, le sermoneaba con frecuencia, augurándole un mal porvenir con la amenaza de que si á la pintura se dedicaba, *¡ja pintaría tartanas, ja!*, en cambio el profesor que sustituyó á Verdaguer, no sé si por defunción de este señor ó por haberle obligado á retirarse su avanzada edad, no solo alababa calurosamente lo que su discípulo Llovera dibujaba en la escuela, sino que llegó hasta el punto de pedirle su parecer acerca de las obras que el propio profesor ejecutaba.

El padre de Llovera, acreditado farmacéutico, supo vencer su vanidad de padre, y sin prestar oídos á las aficiones de su hijo, obligó á éste á estudiar hasta alcanzar un título académico, no porque no quisiera que se dedicara al cultivo de las Bellas Artes, sino para asegurarle el porvenir, para desarrollar sus facultades intelectuales con el estudio, para hacerle más fuerte y ágil para la lucha y, sobre todo, para lograr que, si las aptitudes que el niño demostraba no resultaban fallidas cuando el niño pasase á hombre, pudiese éste libremente gozar de sus aficiones, ya que, al padre de Llovera, no se le escapaba lo difícil que en España es el vivir del cultivo del Arte, dificultad que hacía decir al mismo Llovera que *lo más difícil del Arte es vivir de él*. Cumpliendo, pues, las disposiciones paternas, empezó sus estudios de segunda enseñanza en el colegio que los PP. Escolapios tenían instalado en el edificio que es hoy Instituto general y técnico de Reus, obteniendo en 1864 el título de Bachiller en el Instituto de Tarragona, desde cuya ciudad pasó á Barcelona para seguir la carrera de Farmacia, y más tarde á Madrid en donde terminó sus estudios facultativos.

Los pronósticos del padre de Llovera se habían cumplido, pues ni la disciplina académica, ni la pesada carga de los estudios de Facultad, habían entibiado el entusiasmo que el naciente pintor sentía por su arte, sino que, por el contrario, estudiaba cada día con más ardor, progresando visiblemente gracias á los esfuerzos que hacía en las horas que le dejaban libres sus deberes de estudiante. Así vemos, en efecto, que si durante su estancia en Tarragona daba rienda suelta á la alegría y despreocupación propias de su corta edad y á sus instintos de reusense empedernido, ridiculizando en ligeras caricaturas á sus condiscípulos y profesores, y á cuanto digno de censurarse encontraba entre los históricos muros de la vieja rival de Reus, una vez llegado á Barcelona, ya el lápiz de Llovera había adquirido la seguridad y la intención de un verdadero caricaturista, y sus caricaturas, firmadas con el pseudónimo *Petri-*

quín, alcanzaron con el *Album Humorístico* un éxito completo allá en los carnavales del 65 y 66, que le valió la colaboración en los periódicos entonces en boga *L'ase* y *Lo tros de paper*. Y una vez llegado á Madrid, el ya renombrado caricaturista, entrégase en cuerpo y alma á la contemplación y estudio de las obras de los grandes pintores que en los museos madrileños se guardan, siente nacer allí la admiración que Goya le causó siempre y que tanto había de contribuir á desarrollar por completo sus facultades, traba amistad con su paisano Fortuny que le alienta á seguir la senda emprendida, entra como dibujante en el importante periódico madrileño *Gil Blas* valiéndole no pocos aplausos sus dibujos, y hace sus primeras armas en el campo de la acuarela con las tituladas *La cacería de pollos en fauja*, *Las solas* y *El Prado en el día del Juicio final*, las cuales, hicieron que un crítico afamado, en 1875 escribiera estas palabras: «La fantasía de Llovera se remonta á gran altura y su iniciativa es inagotable. No dudamos en asegurarlo: si Llovera, que, según tenemos entendido, está encerrado en una botica de Barcelona, quiere dar días de gloria á su patria y que dentro de poco no se eche de menos á su compatriota Fortuny, dé rienda suelta á sus impresiones y haga acuarelas realistas como las que posee la Duquesa de Medinaceli».

La estancia en Madrid, que quizás no hubiese tenido lugar á no ser la necesidad de sus estudios de Facultad, fué para Llovera de trascendental importancia. Allí, como he dicho, nació la admiración hacia el inmortal Goya y allí contrajo entrañable amistad con Fortuny, y, no hay que perder de vista, que Goya y Fortuny fueron para Llovera los dos grandes maestros, los dos guías, los dos soles al calor de cuyos rayos la imaginación de Llovera tomó extraordinario desarrollo y emprendió largo y levantado vuelo, pues si de Goya tomó la intención, la sátira y la vida, de Fortuny aprendió á dominar el color y á pintar con elegancia suma. Tal es la influencia que ese viaje á Madrid tuvo en la formación de Llovera como pintor, que Bassegoda, uno de sus biógrafos, dice textualmente: «El génesis artístico de Llovera se explica por su estancia en Madrid, durante la cual tanta admiración le causaron las obras de Goya, la lectura de los sainetes de don Ramón de la Cruz, y las novelas en boga de su amigo el eminente Pérez Galdós, en que revivía toda aquella pintoresca época de Carlos IV y principios del siglo actual. A eso se debe, sin duda, el que se dedicase con preferencia á un género que le permitía no perder de vista á los dos astros de primera magnitud, sus maestros, Goya y Fortuny».

Terminados sus estudios universitarios, abandonó Llovera la capital de España y fuése á su ciudad na-

tal. Después de no muy corta estancia en Reus, interrumpida por frecuentes viajes á París, fijó en 1872 su residencia en Barcelona. Dióse á conocer al público barcelonés, con hermosas acuarelas expuestas en la casa Manté de la calle de Escudillers, y bien pronto ganóse por entero las simpatías de aquel público, que le arrebató materialmente de las manos cuantos cuadros pintaba, y, hay que tener en cuenta, que Llovera producía muchísimo, pues pocos le habrán igualado en facilidad de concebir y en rapidez de ejecución. En aquellos tiempos escribía nuestro Güell y Mercader en *La Ilustración Española y Americana*, á propósito de Llovera, diciendo que era el pintor de moda en Barcelona, y así debía ser, pues el comercio se apoderó de las obras de Llovera y, la fototipia, la cromolitografía, la cromotipia, la fotografía y cuantos procedimientos ha ideado el hombre, se cansaron de reproducir sin parar un punto las más notables pinturas y los más hermosos dibujos del llorado pintor reusense. Aún hoy día se venden esas reproducciones como pan bendito, y es poco menos que imposible no encontrar alguna aún en los más modestos pueblecillos de Cataluña, prueba evidente de que Llovera disfrutó de una popularidad que muy pocos consiguen alcanzar.

Desde que se estableció en Barcelona hasta que volvió con su familia á nuestra ciudad, es incalculable el número de cuadros y dibujos que Llovera produjo. Al decir de un renombrado crítico, el período de 1877 á 1885 es aquel en que Llovera alcanzó el máximo de su personalidad y el máximo de su renombre, más para cuantos conocían á Llovera, y de cerca seguían sus pasos, la afirmación del crítico peca de exagerada. Quizás sea cierto que durante aquellos años fué cuando había verdadera fiebre para adquirir cuantas obras brotaban de manos del pintor reusense, pero es cierto también que la fama de Llovera fué constantemente extendiéndose y consolidándose, pues lejos de haber entrado en el período de decadencia que á todos nos aguarda, Llovera estaba al morir más fuerte que nunca, más dueño de su privilegiada imaginación, más conocedor de los secretos del color y más hábil que nunca en el dibujo. Y tanto es así, tan cierto es que Llovera podía dar aún muchos días de gloria á su patria, que poco antes de morir fuése á París, al gran mercado de París al cual acuden los artistas más afamados, y allí, en el salón de George Petit, expuso una porción de cuadros notables, entre los cuales se destacaba el titulado *El paso de la procesión*, que le valieron calurosos y generales aplausos que abrían al malogrado artista una nueva etapa de su carrera, tanto ó más fructífera que las anteriores.

Si todos los críticos están acordes en reconocer la elegancia y distinción que respiran las obras de Llo-



La comedia en Maravillas



La brisca



¿A dónde va lo bueno?

vera, su colorido admirable y lo acabado de la composición, don que Llovera poseía como pocos, no sucede lo mismo en cuanto á la perfección de su dibujo, pues no faltan críticos severos que pretenden ver en él cierta falta de solidez. Si realmente existe esa falta en las primeras obras de Llovera, debe atribuirse á que la imaginación fogosa del joven pintor se avenía mal con los rigorismos de las prescripciones académicas, y cuanto llegó á ser Llovera, se lo ganó él solo y conquistándolo palmo á palmo. Tenía fuerza para luchar y luchaba sin descanso hasta arrancar del natural sus más guardados secretos y así, esa endebles del dibujo que en las obras de sus primeros tiempos han visto algunos, llega á desaparecer tan completamente gracias al constante trabajo, que uno de esos críticos severos decía, después de muerto Llovera, que era necesario reconocer que, en sus últimos tiempos, se esforzaba Llovera para lograr un mayor ajuste en sus figuras y que, en la mayoría de los casos, lo conseguía.

Y ese mismo crítico, hablando de la exposición de obras de Llovera que se celebró en el Salón Parés en Abril de 1897, dedica á la hermosa *Alegoría de Goya*, el siguiente párrafo: «Pero de los dibujos de Llovera y de toda su obra en general, se destaca en primera línea la soberbia *Alegoría de Goya* producida en los postreros días del pintor. Es una apoteosis del gran satírico, representando con la paleta

y el látigo en la mano, como pintando y fustigando á un tiempo á aquella sociedad decrepita y viciosa, que entre muecas y sollozos, alaridos y carcajadas, hormiguea jadeante á sus piés, como en una noche siniestra de aquellarre universal. Majas y duquesas, abates y señorones, petrimetros y chisperos, damiselas y rameras, corchetes y alguaciles, rufianes y busconas, hechizados y relapsos, ajusticiados y congregantes, duendes y brujas y condenados se hostigan y empujan, se cosquillean y se persiguen, se besan y se apuñalan, se saludan y se roban, se acarician y se escupen, en un delirio de pesadilla monstruosa, engendrada por la visión de un mundo que se viene abajo.»

Eso fué Llovera como artista: uno de los pocos escogidos que consiguen ceñirse sobre la frente el inmarcesible laurel, y que murió cuando más benévola le sonreía la fortuna. Como hombre, fué esposo ejemplar, padre amantísimo y, para sus amigos, más que un amigo fué un hermano. Su intenso amor á la familia, hacía decir á un escritor á raíz de su muerte: «Confidentes de sus satisfacciones, conocemos hasta dónde llegaban las ternuras de su corazón de esposo y de padre. ¡Pobre amigo nuestro!»

O. Rovellat y Prat.